

Capítulo 1

Antes de conocer a la señora de abajo y al señor de arriba, la vejez no me interesaba. Mis padres no tuvieron tiempo de llegar a viejos, mi padre se mató muy pronto y mi madre se convirtió en una especie de niña. A mis abuelos no los veo nunca, y la muchacha que cuida a mi mamá es joven.

En todo caso, ningún viejo podría haber excitado mi imaginación. Ninguno excepto la señora de abajo y el señor de arriba. Y ahora ya no veo a la vejez como algo oscuro, sino como un rayo de luz, quizás el último.

Capítulo 2

Hace un tiempo, Mr. Johnson, el señor de arriba, llamó a mi puerta, vestido con sobria elegancia de gentleman, pero con los cordones de los zapatos sin atar, el ruedo de los pantalones descosido, y calcetines de distintos colores.

—Vivo en el piso de arriba —me dijo—. Soy un vecino.

—Lo sé. Nuestro edificio no ha sido diseñado para evitar los encuentros.

Tenía que pedirme algo con urgencia: si por favor podía regarle las plantas, porque él tocaba el violín en barcos de crucero y debía partir y a su mujer le importaban mucho las flores, sobre todo las rosas y las plantas de guisantes rojos, y si regresaba y las encontraba secas se iba a disgustar mucho.

—No existen los guisantes rojos, Mr. Johnson, seguramente se trata de bayas.

Unos días atrás, de regreso del crucero, volvió a llamar a mi puerta para agradecerme; había encontrado las rosas y los guisantes rojos a las mil maravillas, pero no era ese el objetivo de su visita. Con cierto embarazo me

preguntó si no podía buscar entre mis amigas estudiantes a alguna muchacha que quisiera ser su ama de llaves a cambio de cama y comida, porque su mujer se había ido, quizás para siempre, y ahora él necesitaba más que una simple mucama, necesitaba a alguien que no sólo se ocupase de limpiar sino que también se hiciera cargo del manejo de la casa. Me veía siempre con tantos libros que estaba seguro de que podía confiar en mí.

Sin pensarlo dos veces corrí a lo de la señora de abajo, Ana, que está enferma del corazón pero necesita dinero, y todos los días toma dos buses para llegar a su trabajo y dos para volver. Se sentiría afortunada de poder ser el ama de llaves del piso de arriba.

La señora de abajo y yo esperamos al señor de arriba sentadas en el sofá. Ella me miró como diciendo: “¡La casa del señor de arriba! ¡Ah, la casa del señor de arriba! ¡Has visto qué sol, qué terraza sobre el mar, qué espejos!”.

Una mucama vestida de mucama nos recibe y nos dice:

—Enseguida viene.

Después entra Mr. Johnson vestido con sobria elegancia, aunque una manga de su saco está desgarrada.

—¡Tiene una manga del saco desgarrada! —le hago notar, señalándole el codo.

Se disculpa y se vuelve a ir, seguramente para cambiarse. Ana me dirige una mirada de reproche, pero cuando regresa él trae puesto el mismo saco.

—Mr. Johnson —le digo—, esta es la señora de abajo, y está dispuesta a trabajar en su casa.

—¡Oh, gracias!

—Mi amiga sabe hacer de todo, cocina, cose, limpia, lava y plancha a la perfección.

—¡Gracias!

—Mr. Johnson, la señora trabaja también en otras casas, pero si usted quiere puede empezar aquí mañana mismo.

—¡Gracias!

—Entonces, ¿hasta mañana, Mr. Johnson? —Finalmente, Ana habla.

—¡Hasta mañana! —Mr. Johnson la mira y finalmente le responde.

—¡Hasta luego!

—¡*See you soon!*

Y nos vamos.

Durante las tratativas, que al fin y al cabo no fueron tales, había dicho demasiadas veces “gracias”, como si estuviéramos allí para hacerle un favor y no por un empleo, pero pensamos que era una rareza suya, como los zapatos con los cordones sin atar, los calcetines de distintos colores o la manga del saco desgarrada. Por lo tanto, no nos preocupamos, y de regreso de las tratativas nos fuimos de inmediato a festejar a la casa de la señora de abajo, donde siempre es de noche. La casa recibe luz sólo de la gran puerta ventana de la habitación buena, que sirve también para entrar al departa-

tamento y da a la escalera de servicio; motivo por el cual, para tener un poco de intimidad, es preciso correr las cortinas. Incluso en la cocina, en el baño y en el dormitorio hay que correr las cortinas, porque la luz entra sólo desde algunos ventilucos escondidos en la escalera, que tienen como panorama los pies de los vecinos del piso de arriba. En la oscura cocina con las cacerolas colgadas de las paredes, los grifos sin mezclador y las repisas llenas de frascos de conservas, mermeladas y verduras en aceite, Ana preparó un chocolate con la máquina expresso de bar que le regaló su hija con su primer sueldo. En el fondo, de todas las cosas que nos son útiles, como por ejemplo los grifos modernos o un sistema de calefacción para el invierno que aquí, de tan frío, hace que al respirar nuestro aliento se condense en una nube de vapor, podemos ubicar la máquina expresso de bar en último lugar, pero a la señora de abajo le gustan, justamente, las cosas inútiles y llamativas. La habitación buena, la misma que tiene la gran puerta ventana que da a la escalera de servicio, me hace pensar en la cabaña donde un naufrago acumula los objetos que las tempestades van dejando en la orilla: mesas, mesitas y sillas de diversos estilos, algunas con el respaldo en forma de animal, otras de hierro forjado, un aparador recargado de molduras, un armario para libros, cortinas de brocado rojo oscuro y, detrás, las persianas.

Incluso su nombre, Ana, sobrio y tranquilo, ella lo encuentra ordinario, y por eso se dio el gusto con su

hija, Natacha, que en cambio hubiera preferido un nombre normal y se avergüenza del suyo.

Ana pone la mesa en la habitación buena y sirve el chocolate en tazas de porcelana china, pero con una chocolatera que lleva la publicidad de una marca de chocolates.

—Apenas pueda me compro una chocolatera como Dios manda —se disculpa.

—Con el primer sueldo que te dé Mr. Johnson.

—¡Ah, es verdad, qué suerte! Sabía que me sucedería algo extraordinario —dijo—, y ahora sé que era ir al piso de arriba. ¿Has visto qué luz, cómo se refleja en las puertas de cristal, y qué techos más altos? Incluso hay un vestidor. Toda auténtica casa de ricos tiene un vestidor. Y no tiene sólo eso, tiene también una tabla para planchar con una extensión para las mangas, una plancha a vapor profesional y una máquina de coser que hasta hace bordados. Sólo la habitación de Mr. Johnson parece la de un monje trapense, ¿no es cierto? Una cama, una mesita de noche, un armario y los violines; violines y atriles. Un monje trapense músico.

—Pero —le dije—, no me gustaron todos esos “¡oh, gracias!”. ¿Qué tenía que agradecernos? No estábamos allí para hacerle un favor. Y me enteré por los vecinos que Mrs. Johnson, su mujer, se fue de su casa en un taxi con dos maletas diciendo que su marido era un “cerdo”; él llegó hasta el portón y la miraba con ese aire distraído que tiene mientras el taxista ponía las maletas en el baúl.

—*Mischineddu*, pobrecito, la mujer lo deja solo con la mucama, *gioja*, qué bonito, durante un año hizo que le sacaran brillo a los espejos, que mantuvieran resplandecientes los cristales y reluciente la platería esperando el regreso de Mrs. Johnson, aunque a él esas cosas no le importan. ¿Viste la heladera?

—La vi. Parecía salida de *La bella durmiente*, estalactitas, queso verde por el moho, leche y perejil malolientes y tomates, ¿viste los tomates? ¿Y la lechuga marrón? Le eché una mirada rápida a la fecha de vencimiento de la manteca, es de cuando lo dejó su mujer —le respondí.

—Su mujer debe ser una de esas a las que les gusta *ta gan'e cagai*, mandarse la parte, ¡hacerse llamar Mrs. Johnson! Es sarda, bien sarda, y quiere hacerse pasar por una americana.

—Sé que era una sarda muy, muy rica.

—Tú siempre lo sabes todo. Eres una *ficchetta*, metes la nariz en todo. Hasta lograste enterarte de la fecha de vencimiento de la manteca.

—No soy una entrometida. Me interesan las cosas de los demás, pero no para chismorrear, sino para entender.

—Podrías convertirte en una gran detective, una abogada, una jueza. ¿Por qué te inscribiste en Letras?

Capítulo 3

Vengo aquí desde que tengo diez años, a partir de la desgracia, desde que murió papá y mamá se volvió loca. Venía durante los veranos, de vacaciones con mis tíos, que eran mis tutores, y con mis primos. Mis abuelos maternos compraron un departamento en Cagliari porque pensaron que el mar me haría bien. Llamaban por teléfono todos los días para saber si habíamos ido a la playa de Poetto y si había corrido y nadado, y le recomendaban a mi tía que estuviera atenta, que no me dejara alejarme de la costa cuando me bañaba en el mar, no fuera a ser que tuviera ideas raras. No debía olvidar de quién era hija yo. Pero yo sabía que no podía sucederme nada. Eran los demás los que me preocupaban, tenía miedo de que se ahogasen, y cuando mis primos o mis tíos estaban en el mar y yo los llamaba, me desesperaba si no me oían. Llegaba a Cagliari con el corazón en la boca por la emoción, allí nadie sabía nada de mí, mientras que en nuestro pueblo, si alguien no te reconocía, te preguntaba de inmediato: *¿Fill'e chini sesi?*, “¿De quién eres hija?”, y yo le respondía y le decía de quién era hija y entonces me

miraban con cara de compasión. Aquí, en Cagliari, también mis tíos se sentían relajados y con mis primos íbamos de aquí para allá como si no existieran peligros y estos se concentraran todos en nuestro pueblo.

Después de la desgracia hubiera podido ir a vivir con mis abuelos, pero yo era demasiado importante para mamá: en su locura me buscaba continuamente y me esperaba siempre en las galerías y porches de la casa, desde donde podía divisarme apenas llegaba al portón. Y luego, por la mañana, me sonreía como si yo fuera una hermosa sorpresa y daba inicio a la ceremonia del café con leche, pero cuando quería prepararme el desayuno esparcía la mermelada sobre el mantel. Por cierto, mis abuelos habían cortado toda relación con ella, a los maternos les partía el corazón ver que su hija no los reconocía y los paternos la culpaban del suicidio de papá. Se pusieron de acuerdo para que mi tía, la hermana de mamá, fuera mi tutora. Estaba casada y tenía hijos de mi edad, sólo que jamás se sentía tranquila mientras estábamos en nuestro pueblo, y si hacía una fiesta para mis primitos implementaba alguna estratagema para que yo no participara y para no poner a los invitados en una situación embarazosa. Mamá se había labrado fama de loca antes de volverse verdaderamente loca, antes de la muerte de papá, cuando todavía sólo ellos dos sabían de la estudiante que mi padre amaba. Cometía tantas pequeñas locuras; quería morir imitando a los personajes de la literatura que ella, que era profesora,

conocía muy bien. Corría por las habitaciones golpeándose la cabeza contra las paredes como Pier delle Vigne en la *Divina Comedia*, cuando Federico II *Stupor mundi* lo encerró en la cárcel siendo inocente; o quería tirarse en los canales de riego, imitando a Ofelia, que además era su propio nombre, después de que Hamlet le dijera: “¡Vete a un convento!”.

A veces salía conmigo bajo la lluvia a la calle que se llenaba de barro, mientras el viento daba vuelta los paraguas y los inutilizaba. Regresábamos caladas hasta los huesos, ateridas, embarradas.

De hermosa que era se había puesto fea, tenía la mirada fija por los tranquilizantes, y bolsas debajo de los ojos de tanto llorar. Ya nadie venía a visitarnos y mamá, cuando se decidía a reaccionar, me acosaba y me exigía que le dijera a tal o a tal otra persona que nos viniera a visitar, pero nadie venía y entonces nos vestíamos bien e íbamos de la mano a hacer visitas, pero nunca encontrábamos a nadie en casa.

Cuando todavía era mi tutora, mi tía no me invitaba a su casa y era yo la que iba a visitarla si no había personas extrañas a la familia, e incluso cuando estábamos nosotros solos nunca hablábamos de mí, de cómo me iba en el colegio, de lo que pensaba o de las cosas que me gustaban. Tampoco se hablaba nunca de mis padres; a papá ni se lo mencionaba y se pronunciaban el nombre de mamá, Ofelia, sólo con fines prácticos, al tratar con la muchacha que la cuidaba o con los médicos.

Por consiguiente, de ellos solamente sé lo que recuerdo, pero yo era muy pequeña.

En Cagliari, en cambio, por lo menos durante las vacaciones podía existir. Por la mañana iba a la playa y a la tarde leía libros de rimas infantiles, que aprendía de memoria, porque amaba ese mundo donde todo estaba al revés pero todos eran felices. Y todo era hermoso. Cuando era pequeña, las palomas no eran invasivas como ahora, que son agresivas y medio peladas, sino gordezuelas y sentimentales. Era un placer escucharlas arrullar, siempre enamoradas; sin duda hacían sus necesidades, pero amablemente. A veces entraba en la casa un gorrioncillo enfermo y lo curábamos, y después dejábamos que se fuera volando. De noche había en el aire olor a albahaca y desde las ventanas que daban al patio se veía la luna, pálida, todavía junto al sol en el cielo.

Aquí en la ciudad lograba no pensar en que mamá le gritaba a papá: “¡Sería mejor que estuvieras muerto!”. Cuando lo encontramos colgado del techo, con los zapatos recién lustrados, se dio cuenta de que no era verdad, que no era mejor que estuviera muerto. Y se volvió loca de verdad. Con papá todavía en la habitación de al lado, poco antes de su entierro, ella se preocupaba de que los huéspedes que venían a darle el pésame tuvieran qué beber.

—¿Tenemos algo para ofrecerles? —preguntaba—.
¿Hay jugos de fruta en la heladera? —No recordaba que él estaba al lado, muerto, y quizás pensaba que la gente había decidido volver a frecuentarnos.

Pero ya nada fue como antes. Todo cambió, y los padres de los otros niños no veían con buenos ojos que sus hijos jugaran conmigo, como si tuvieran miedo de un contagio. Y yo estaba siempre sola en mi jardín, y me había acostumbrado a hablar lo menos posible. Por eso en la escuela mi maestra me llamaba “la letrita muda”. Me parecía que todos los padres les habían enseñado a sus hijos a evitarme. Sólo una vez hicimos buenas migas con una compañera muy graciosa, de una de las familias más pobres del pueblo. Decían que su madre era una *egua*, una mujer de mala vida.

La invitaba a mi antiguo jardín y ella me invitaba a comer a su casa y su mamá tal vez fuera una *egua*, pero me quería, y en su casa siempre tenía hambre, mientras que en mi casa, o en lo de mi tía, se me cerraba el estómago y si me obligaban a comer me daban arcadas. Fue un período feliz, pero después mis tíos deben haber decidido que teníamos que separarnos, que no era bueno que la frecuentara, y volví a estar sola en mi jardín, con el perfume de las flores que llegaba del otro lado del muro y la luna que aparecía entre las ramas de los árboles, como un blanco fantasma en el cielo todavía azul, antes de que oscureciera por completo. Una nube en forma de luna. Conocía todas las flores y las plantas, las mimosas que caían sobre los senderos de grava y los canteros de lilas, de fresias, de ranúnculos, el rosal, las glicinas con sus racimos color violeta alrededor de la puerta de entrada, el ricino de flores rojas, el viñedo detrás de la casa que le permitía al campesino

no que cuidaba nuestro jardín hacer un vino excelente. Porque nuestra casa estaba en los confines del pueblo, al final de una calle de tierra, lindando con los campos, en una zona de Cerdeña donde las colinas son suaves y en primavera se cubren de distintos matices de verde.

Capítulo 4

Aquí, en la casa de Cagliari, fantaseaba todo el tiempo acerca de los Johnson, que eran quienes vivían en el piso de arriba. No los veía nunca, porque yo venía sólo durante el verano y ellos, según me explicaban las empleadas domésticas, iban a la playa, en Cerdeña, pero a balnearios de moda para la gente vip. Nunca los veía pero me los imaginaba muy, pero muy ricos; sin duda eran los mismos Johnson & Johnson de mi espuma de baño. Los Johnson vivían en el edificio sólo durante el invierno, porque en Cagliari el clima es benigno; en las estaciones intermedias vivían en París, donde la señora, que usaba escotes pronunciados y un peinado banana sujeto con una hebilla recubierta de pequeños brillantes, renovaba su guardarropa. Tenían una servidumbre numerosa. En forma de pirámide. En el sentido de que en la cima de la pirámide había una servidumbre de la que dependía otra servidumbre, hasta la base.

Sus mucamas, de las cuales me había hecho muy amiga, me dijeron que Mr. Johnson no era un empresario

sino un famoso violinista, y que no se daba aires de rico, sino que parecía más bien alguien *fuliau de sa maretta*, es decir, abandonado en la orilla por la tempestad. La rica era su mujer, que se hacía llamar Mrs. Johnson, pero era sarda, bien sarda; sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, eran todos sardos. Su mundo *a fundu in susu* era un mundo *patas para arriba*, porque entre un americano y un sardo, decían las mucamas, el rico, ¿no es siempre el americano? La servidumbre me hablaba de la belleza de Mrs. Johnson, de que era *superchic* y de sus esfuerzos por estar delgada y de que no comía nada de lo que ordenaba comprar en el mercado y que las provisiones se utilizaban sólo para los huéspedes. Le daba mucha importancia a los buenos modales y para el almuerzo se debía hacer sonar una campanita de plata aunque estuvieran todos alrededor de la mesa y hubiera bastado con decir en voz alta: “¡A la mesa!”.

Se arrepentía de haber comprado su casa aquí, en la Marina, un barrio pobre habitado por refugiados de Paquistán, Bangladesh, Senegal, el Magreb y China. Donde la ropa tendida goteaba sobre tu cabeza y donde no podías sacarte el olor a ajo, frituras, especias, nafta y orina, y cuando al fin se trataba de un perfume era la fragancia de Flores de Asia. Un barrio donde blancos, amarillos y negros gritaban desde las ventanas, y con el calor las mujeres se sentaban en bancos frente a puertecitas de aluminio que dejaban entrever en el fondo escaleras angostas y oscuras por las que sólo se podía pasar de a uno y donde a la hora de la oración el mue-

cín hablaba desde los altoparlantes y todos ocupaban la calle frente a un departamento que hacía las veces de mezquita. Pero se jactaba de la vista sobre el puerto.

Había también un hijo, un Johnson junior, pero las mucamas no lo habían visto nunca.

Me llamaban desde las ventanas del piso de arriba cuando veían que un barco llegaba o partía, porque sabían que me volvían loca, y cuando trabajaban en la terraza, donde había, y todavía hay, una pileta para lavar la ropa de esas que se usaban antes de que existiera el lavarropas, con la tabla de lavar de madera con ondulaciones y un gran pedazo de jabón blanco, me daban un trapito y yo lo frotaba, toda encorvada. O bien me llamaban cuando el reloj cucú de los Johnson, comprado realmente en Suiza, daba las doce. Me sentaba delante de las doce menos diez y esperaba a que ese maravilloso pajarito se asomase.

Mrs. Johnson era hija de un constructor, aquí en la Marina decían que era *unu priogu resuscitau*, un piojo resucitado, porque de muy pobre que era había llegado a ser muy rico construyendo casas grises, cuadradas y tristes, circundadas de prados cortados al ras donde despuntaban arbolitos de copa gris, cuadrada y triste. Mrs. Johnson no había elegido para vivir una de las casas de su padre sino que se había comprado esta de la Marina, vendida por sus herederos, quienes querían acabar con la maldición que había caído sobre las mujeres de la familia, recluidas en la casa solariega y condenadas a comerse el corazón para no tener sen-

timientos. Con los dos últimos herederos el apellido moriría para siempre y, con la división y la venta de la casa, así terminaba su historia. Los herederos esperaban para el edificio historias más alegres. Me pregunto si las nuestras, la de sus nuevos habitantes, lo eran.

Es un edificio de ricos en un barrio de casas pobres y se compone de dos L mayúsculas que se unen por el lado corto y forman una herradura. Los lados largos de la L dan uno al puerto, y el otro al barrio de la Marina. En el interior hay un patio, de donde sale una escalera con balaustrada de piedra que llega al piso superior, el de los Johnson, escondiendo las ventanas de la casa que en otro tiempo albergó al servicio doméstico y ahora a Ana y a Natacha. Los Johnson compraron un piso entero y pueden asomarse a todas partes, al patio, al barrio y al mar. Y también es de ellos el departamento donde antes se alojaba la servidumbre, justamente donde nace la escalera y donde viven Ana y Natacha. Sólo los Johnson pueden ingresar tanto por la entrada principal como por el patio, mientras que Ana y Natacha pueden entrar exclusivamente por el ingreso de servicio. Como todos los demás, yo entro por al entrada principal que da a la calle. Vivo en la L que no da al mar. Un largo pasillo divide las habitaciones de la derecha, que dan a la calle, de las de la izquierda, que dan al patio. La habitación buena de Ana, la que ella llama justamente *s'apomentu bonu*, la veo desde la cocina y desde el baño, mi habitación preferida,

con sus baldosas blancas y negras, la bañera con asiento, dos viejas mesitas de noche gemelas, dos espejos, estantes de bricolaje para los frascos del champú, el secador de pelo, las toallas y cosas por el estilo, y un arcón para los detergentes y los trapos. Las habitaciones de la derecha, que dan a la calle, están decoradas con muebles pasados de moda, estilo años cincuenta, de cuando mi tía y mi mamá eran pequeñas; el dormitorio es de madera lustrada y tiene un ropero enorme con todas las puertas con espejos; en el comedor hay dos aparadores y la sala es roja, de lana bouclé. De las paredes cuelgan fotografías de mamá y de mi tía cuando eran niñas, y también mías y de mis primos y de mi tío, siempre de niños. Alguien que no supiera nada de nuestra familia, mirando las fotografías, no entendería quién es el grande y quién es el pequeño, quién es el hijo y quién es el padre y podría acomodar los tiempos a su placer.

—No estés siempre con las sirvientas de los Johnson —me reprochaba mi tía—, que a fuerza de escuchar hablar en sardo, después del verano ya no vas a saber italiano. Y no hagas demasiadas preguntas. ¿Por qué haces tantas preguntas sobre los asuntos de los demás?

Porque pensaba que podría entender las cosas que resultaban incomprensibles, sobre todo después de que papá se hubiera matado y mamá hubiera enloquecido, si ponía uno al lado del otro los hechos, los puros y simples hechos. Pero, ¿existen los puros y simples hechos?

Capítulo 5

En mi primer año de universidad me vine a vivir aquí, donde pasaba mis vacaciones de niña.

Desde el baño o la cocina escucho los pasos del señor de arriba que baja las escaleras con los cordones de los zapatos sin atar.

El dinero que le ofrece a Ana es poco, pero ella va igual a hacer sus tareas domésticas, después de que termina en las otras casas, a eso de las seis de la tarde. No se cansa menos que antes y no gana mucho más. Cocinar, cocina en su casa la cena y el almuerzo del día siguiente, para ella, para Natacha y para Mr. Johnson, que es vegetariano, y si tengo suerte, también para mí, y si tienen suerte, también para los blancos, amarillos y negros pobres del barrio. Me gusta el perfume de la albahaca, el olor a frito y a caldos de verdura, a puchero o a las tortas para el desayuno. Cuando Ana baja al piso de abajo, a eso de las nueve de la noche, ella y Natacha cenan, y, si la luz de mi cocina todavía está encendida, Ana se asoma a la ventana y me pregunta: “¿*Unu zicched’e suppa?*, ¿un poquito de sopa?”,